

Disorder, psychosis, clinic and psychoanalysis

El trastorno, la psicosis, la clínica, y el psicoanálisis

Rosendo Rodríguez Fernández

Recibido: septiembre 21 de 2009
Revisado: octubre 10 de 2009
Aprobado: noviembre 5 de 2009

Correspondencia: Rosendo Rodríguez Fernández.
Fundación Universitaria Los Libertadores, Facultad de Psicología. Bogotá (Colombia).
Miembro del grupo de investigación Psicosis y Psicoanálisis.
Correo electrónico: rosendo20038@hotmail.com

ABSTRACT

This text approaches the problems in the conception of clinic itself, responding to an old Nietzsche's quotation in relation to the "eye of the beholder", which delineates social relations and constitutes an expression of the ideology. The idea of the clinic is developed as a constant flow whose conceptions are attached to the capitalist ideology and the market, although they contain the germ of contradiction that makes overcoming possible. Lacan's theory about language, with a Hegelian inspiration in terms of dialectics, is based on a clinical proposal that is ascribed to the study of the language structures and their effects over the subject. It is necessary to study Lacan's position in the intervention, and its specificity in psychosis, since his discourse sets the work with patients; it is also questioned the conception of the dominant epistemological paradigm itself. In this sense, some psychoanalytic opinions with a lacanian are reconsidered, and some of their consequences explored.

Words Key: Clinic, psychosis, epistemology, dialectical, ideology, language, psychoanalysis.

RESUMEN

Se aborda el problema de la concepción de la clínica misma, respondiendo a un viejo señalamiento del filósofo Nietzsche, en referencia a la mirada del observador, que en sí misma marca las relaciones sociales, constituyendo una expresión de la ideología. Se desarrolla la idea de la clínica como un devenir, cuyas concepciones se fijan a la ideología capitalista y al mercado, si bien en sí mismas contienen el germen de la contradicción que hace posible la superación. La teoría de Lacan acerca del lenguaje, de inspiración hegeliana en lo tocante a la dialéctica, fundamenta una propuesta clínica que se adscribe al estudio de las estructuras del lenguaje y sus efectos sobre el sujeto. Se sostiene la necesidad de estudiar la postura del clínico en la intervención, y su especificidad en la psicosis, pues su discurso marca el trabajo con el paciente, y se cuestiona la concepción misma del paradigma epistemológico dominante. En este sentido, se retoman algunas posturas psicoanalíticas, de inspiración lacaniana, y se exploran algunas consecuencias de las mismas.

Palabras Clave: clínica, psicosis, epistemología, dialéctica, ideología, lenguaje, psicoanálisis.

Toda la incierta ciencia de los hombres no es superior al conocimiento inmediato que puedo tener de mí ser. Soy el único juez de lo que hay en mí.

Antonin Artaud. El ombligo de los limbos.

Introducción

Existe una concepción psiquiátrica de la enfermedad mental, que data de la época clásica de Pinel, y se ha mantenido tradicionalmente hasta el presente, determinando el proceder clínico de la mayoría de instituciones que ofrecen servicios curativos.

Frente a esta tradición médica, el psicoanálisis antepone la teoría del sujeto del lenguaje, en lo tocante a la psicosis, en contravía de la concepción de trastorno, imperante en el DSM (Diagnostic and Statistical Manual of Mental Disorders) y el CIE (Clasificación Internacional de Enfermedades) en sus últimas publicaciones. De tal modo que la concepción del padecimiento del psicótico, desglosado en ejes y criterios diagnósticos, donde el calificativo del profesional surge de la cantidad de síntomas psicóticos, pasando por alto las concepciones estructurales del psicoanálisis, requiere una reflexión que sin duda incide en el tratamiento y pronóstico de los pacientes cuyo diagnóstico escuetamente es “trastorno del afecto”, puesto que la farmacología aglutina en sus categorías de intervención a los pacientes que ostentan estos calificativos.

La masificación resultante de dichos procesos de intervención psiquiátrica y farmacológica hace perentorio el debate sobre la teoría de la psicosis, desde el psicoanálisis, y del trastorno, desde el lado funcionalista.

¿Qué podría calificarse como un episodio psicótico (trastorno afectivo)?

Véase a Freud, en *El malestar en la cultura*, *Psicología de las masas*, y *Más allá del principio del placer*. Freud es un lugar común en lo que respecta a la clínica, el tratamiento, y el psicoanálisis. ¿Qué dice del episodio psicótico? Nada. Hay entradas en la psicosis, que es diferente.

Un episodio psicótico, de inmediato, remite al marco conceptual de la psiquiatría. La entrada en la psicosis remite al marco teórico del psicoanálisis, que considera la psicosis como una estructura. Con Lacan, la psicosis adquiere las coordenadas de lo simbólico, lo imaginario y lo real, que, aunque anunciadas por Freud en sus trabajos, no se llegaron a concretar en una formulación, estrictamente hablando.

La psicosis se manifiesta como una estructura, que obedece entonces al lenguaje, o más bien es una estructura del lenguaje, que crea un real, que es el sujeto psicótico. Esto quiere decir que, según las coordenadas que establezca el lenguaje, la estructura misma creará un sujeto del lenguaje mismo. A este se aplica, de acuerdo con Lacan, el tríptico IRS (imaginario, real, simbólico), otro lugar común en psicoanálisis, que debe empezar a tener, o tendrá todavía más, resonancia en la epistemología. Entonces la psicosis deviene como una estructura generadora de un real, el

sujeto de la psicosis, o el sujeto psicótico. Recuérdese que lo Real, según Lacan, es aquello que precisamente está excluido de la realidad. Aquello que siempre se resiste a la significación, y que por consiguiente es elusivo con respecto a la palabra. Es lo que no se puede nombrar. Valiéndose del tríptico IRS del citado autor, Žižek (2006) plantea el problema de lo Real-Imaginario y lo Real-Simbólico, donde la imagen, por un lado, y la palabra, por el otro, se hacen reales. Lo imaginario cuando se torna real es aterrador, del mismo modo que lo simbólico, en tanto que son de cualquier modo innominables. Expresiones cinematográficas o voces “irreales” son modos de defensa frente a algo que permanece allí, y de por sí, es aterrador. En este sentido, véase la obra reciente de Slavoj Žižek (2005) Bienvenidos al Desierto de lo real.

¿Qué matices tiene la relación del psicótico con el lenguaje?

Hay que empezar por la dimensión imaginaria, la más primitiva, estudiada como objeto de la psicología Gestalt, tomada como objeto de reflexión por Baudrillard (1991), Castoriadis (2002), Deleuze (1985), y un largo etcétera, y constituyendo un verdadero atolladero para los filósofos, de acuerdo con Slavoj Žižek (2001), desde Aristóteles y Platón, hasta Hegel, Kant, Heidegger, entre otros.

Para Freud, la dimensión imaginaria es el mundo de la relación de objeto, la relación especular, en que, por identificación, el Narciso ausente deviene y se refleja en el otro, a la vez que constituye su propio reflejo. En ese plano, se desarrolla incluso una vertiente del psicoanálisis, con marcajes empíricos, liderada por Hartmann en su inclusión a la psicología general.

Lo imaginario, además, en filosofía, constituye una corriente que fundamenta la ciencia positiva del siglo XX, la ciencia fáctica, empírica y

analítica, sostenida por el Círculo de Viena de Schlick, Carnap, Neurath (citados por Pitter y Rincón, 2002) y otro etcétera largo, que se basa en la contradictoria interpretación de la sentencia aristotélica que deja por sentado que no hay conocimiento que no pase por los sentidos.

Lacan (citado por Žižek, 2001) señalará, hegelianamente, lo imaginario trascendental, primitivo, que deviene a partir de la formación de objetos parciales, como había dejado sentado Freud. Ese imaginario, primigenio, de objetos parciales, los rompe y los une. De la discusión entre Kant y Hegel se puede extraer que lo imaginario es una facultad de algo superior, el entendimiento. Pero el entendimiento es trascendental o, en último término, también vacío. Simplemente el entendimiento llega a sintetizar y/o fracturar los objetos, bien sea que estos alcancen o no la totalidad. En ambos casos, análisis y síntesis, la operación es violenta. Desde el psicoanálisis, no lo es menos.

Melanie Klein señalaba esto claramente en sus teorías en que el bebé ocupa posiciones en referencia a la madre, objeto primordial, con el que se desarrollan relaciones destructivas, mortíferas, atenuadas por el lenguaje que sujeta a la susodicha madre. La relación objetal en sí misma, violenta en sus operaciones de análisis y síntesis, tiene su correlato en el problema del deseo. El hombre es fruto del deseo de otro. Ese otro establece una relación imaginaria con el neonato, es decir, hay una inflación de lo imaginario materno cuando se concibe el niño, o incluso puede haber un déficit. El exceso que genera el deseo materno, deseo del otro, con relación al adviniente, es un poderoso motor de la angustia. Así que esa brecha entre el deseo del otro y un a priori, el niño real, genera otro real, desemboca en un real imaginario que es el niño. Ese niño está traumatizado, en su origen mismo, por el deseo del otro, situado en la dimensión imaginaria como dimensión primor-

dial generadora de la realidad, en la medida en que la acción del significante que se instaura en lo real lleva al niño a establecer límites, es decir, a fracturar y sintetizar el objeto primordial a medida que avanza en la creación de una teoría sexual, de una teoría del cuerpo, de una teoría de primera generación. Entonces, la acción del lenguaje, que es la instauración del significante en lo real, es establecer coordenadas para el flujo del deseo, flujo traumático en tanto que el deseo emerge en la brecha entre la necesidad y la satisfacción, devenir que se engancha al placer y a su exceso, el goce.

Podría decirse que este imaginario trascendental crea al niño, y en la contradicción dialéctica entre lo infinito y lo finito, el niño crea imaginariamente el mundo. La palabra, a la cual queda enganchado el infante, estructura al sujeto. Ese sujeto, esencialmente vacío, se reviste de las formas imaginarias que se desprenden de la estructura del lenguaje. Esto es, el sujeto vacío queda imaginado, y ese imaginario aparece con el lenguaje, que además es portador de lo simbólico, o de aquello que es capaz de limitar lo imaginario en el significante.

El significante en lo real entonces cumple con ordenar, de acuerdo con el deseo del Otro, del gran otro de la cultura, el deseo del otro, la madre. Y sin embargo, es preciso señalar que el significante en lo real abruma por cuanto está en lo real. Es el borde del lenguaje, y es el borde del deseo. Es aquello innombrable que no por ser innombrable no se manifiesta. La dimensión real del significante y lo real del lenguaje no deben ser confundidos.

En el primer caso, se está hablando del sujeto, que emerge en la medida en que la palabra que horada lo real lo hace emerger como el vacío intolerable, que requiere la investidura de lo imaginario y el referente simbólico para ser en el mundo de la realidad cotidiana.

En el segundo caso, es la palabra como real en sí mismo, palabra generada como real por la palabra misma, en su límite, que no logra capturarla. La palabra también tiene, como revelan algunas psicosis, una dimensión innominable. Este problema de la estructura del lenguaje, que es el problema de la realidad, adquiere matices extremadamente complejos para el Lacan que dirigió su Seminario 23, “El Sinthome” (2008) en que muestra varios posibles anudamientos borromeicos. ¿De qué modo es esto trascendental en la presentación de un “episodio psicótico”?

En primer lugar, cuando se opera en la dimensión imaginaria, donde se ubican las lógicas aristotélicas, empiristas, racionalistas-fácticas, surge un episodio psicótico agudo, del que se buscan, en vano, las causas orgánicas o fisiológicas. En este fallo, aparece la farmacología, disciplina que se esmera en cerrar la brecha... de modo imaginario. Por los efectos del fármaco, se dictamina una oscura terapia, que habitualmente desemboca en la contraparte de la tranquilidad del buen ciudadano que paga sus impuestos y se alimenta de la ideología.

En suma, desde una dimensión imaginaria, el deseo fluye ligado a la dialéctica de los objetos, produciendo como efectos las complejas descargas pulsionales. Se cree incluso que, después de todo, el electrochoque es terapéutico por sus efectos orgánicos y fisiológicos, más allá del juego del deseo entre el psiquiatra y su loco, o entre el equipo, el *staff* y el “trastornado”. Pero bien, esto ya se ha trabajado en escritos anteriores (Rodríguez, 2006, 2007; Báez et ál., 2008), en que se recorre la experiencia de la psiquiatría con la locura; es decir, una experiencia del lenguaje con el lenguaje.

En otras palabras, cuando se habla de la psicosis, se habla de un lenguaje que recubre al loco, desde la psiquiatría hasta el psicoanálisis. Sin embargo, el lenguaje del psicoanálisis procura

hacer visible al loco, deshaciendo el fantasma, o más bien, atravesando el fantasma que se tiende en su entorno, y que habla. Bien dice Lacan (citado por This, 1978), sobre el discurso universitario, que no produce fantasma. La razón para ello es que el saber diluye el fantasma. Operación que surge de movilizar al sujeto de una posición, de un lugar, propio de una estructura discursiva. Esta es la de la realidad, claro, la realidad del discurso, pero del discurso que se desprende de una estructura fundamental que es la neurosis.

Aquí entonces se trata de la neurosis que habla sobre la psicosis, y pocas veces la deja hablar. Se trata entonces de la palabra del Amo que obnubila la psicosis y su sujeto. De allí que los textos que producen los psicóticos reconocidos tengan un valor solamente apreciable por el psicoanálisis. Algunos ejemplos los proporciona Soler (2007), otros Sechehaye (1958), y el clásico de la psicosis, el mismo Schreber (citado por Lacan, 2004), que fundamentó la tesis freudiana de la psicosis, y el trabajo de Lacan, reflejado en estas páginas.

Sin embargo, a la luz de la experiencia, pareciera que la ciencia tiende un fantasma sobre la psicosis, más por estar ubicada en la dimensión imaginaria que por déficit de sus métodos. En este sentido, Husserl (citado por Rodríguez, 2009) hace una demoledora crítica del positivismo fáctico-racionalista, que asocia los eventos que mira, pero que no puede atravesar, precisamente por tratarse de meras asociaciones (extraer teoría de los hechos es hacer brotar agua de la piedra pómez, afirmaba el filósofo). Al contemplar la estructura de la realidad (del lenguaje), el psicoanálisis señala lo imaginario como una dimensión que incide marcadamente en la estructuración del sujeto, pero cuya función es investirlo. Inaccesible, por su condición real, vacía, el sujeto queda sustancializado por lo imaginario, concebible, pero tenebroso.

Ya se ha advertido, desde Hegel y Kant, de lo violento de la imaginación trascendental, atolladero vertiginoso que sintetiza y analiza los objetos, constituyente o resultado del entendimiento. Lo simbólico, que tomado ilimitadamente también es traumático, en tanto que constituye un inaccesible, como código absoluto (v. g., un idioma desconocido aunque se conozcan todas las letras, las fórmulas de la física cuántica, incomprendibles para los físicos mismos, aunque las hagan funcionar, etc.) al cual se obliga el acceso; sin embargo, es la frontera de lo imaginario y lo real. Estos tres términos borromeicos se acotan respectivamente en el punto en que encajan y se anudan, punto de encaje en discusión en el psicoanálisis lacaniano (Lacan, citado por This, 1978; Lacan, citado por Jasiner, 2007).

La psicosis, básicamente, es un desencadenamiento, un desanudamiento que libra al sujeto a lo ilimitado, por una falla en el significante en lo real. Las coordenadas propias de la estructura del lenguaje pierden su lugar y lo que queda son dimensiones de límite incierto. Aquí se podría hablar de la entrada en lo real, de la entrada en el delirio, de la entrada en el código, diferentes tipos de locuras dependiendo de a dónde lo “remite” el significante en falla. La lectura que hace Lacan de Hegel (citado por Žižek, 2001), el Hegel que presenta una tesis dialéctica, histórica, es la tesis de lo real que deviene entendimiento, y que lleva a Hegel a terminar con la historia, en tanto que lo real se piensa a sí mismo y se descubre en el entendimiento. El final de la historia hegeliana es el devenir del entendimiento, o el paso del “en sí” al “para sí”, que se traduce en el efecto de la palabra sobre lo real, siendo la palabra real que se repliega sobre lo real, es decir, en último término, lo real a través de la palabra se pliega y se repliega sobre sí mismo.

Esto hablaría de lo inconsciente de la historia, la cual termina para Hegel en el momento de conciencia de sí y para sí. Por aquí habría quizá

una discusión fructífera sobre la tesis marxista del final de la filosofía, con su realización. Pero eso es harina de otro costal.

De lo real surge la ex-sistencia lacaniana. Ya los filósofos presocráticos habían advertido que la separación de los seres del devenir constante del ser implicaba la violenta contradicción de la existencia. Platón (citado por Žižek, 2001) veía la prisión, la cárcel del cuerpo habitada por el alma, alma que habría de volver, con la muerte, al mundo de las ideas, formas perfectas. Esta idea fundamenta de cierto modo lo real hegeliano, un real que deviene imaginario, de manera primordial, y que, al entrar en esa dimensión, el ser que imagina ya requiere de una facultad para concebir lo que el propio real ha creado, como un pliegue sobre sí mismo.

El atolladero de la imaginación trascendental, tratado con erudición y agudeza por parte de Slavoj Žižek en *El espinoso sujeto* (2001), muestra la teoría hegeliana de lo real que deviene imaginario, y en el momento del surgimiento de la palabra, cuando lo real habla, desencadena lo simbólico, lo ausente. Entonces, en un devenir, lo real ya no es real. El lenguaje, en el repliegue de lo real, ya conduce al sujeto a ex-sistir. El recorrido de Hegel por la historia termina con el propio filósofo, quien encarna la conciencia de sí, el momento en que lo real en sí deviene para sí, en el acto de conciencia, en el acto de lenguaje, en último término.

En Freud (1973), este movimiento es el del paciente en su clínica psicoanalítica, que se verá seriamente objetada en tanto que clínica con la Psicopatología de la vida cotidiana (1975). En este texto una crítica esencial viene a ser la misma que aparece en *El malestar en la cultura* (1970a), donde la tesis radical es que el ser humano civilizado está enfermo, básicamente, de lenguaje. Esto es llevar a Hegel a sus últimas consecuencias, ya en el terreno de la psicología.

El lenguaje, producto de lo real, es lo mismo que lo obtura, o, invirtiendo la fórmula, la realidad es evanescente, por cuanto lo mismo que la constituye es aquello que la amenaza y, al final, que la destruye.

Lo real, en su devenir sin espacio tiempo, deviene sin embargo movimiento que desemboca en categorías de lo imaginario que se anudan a lo simbólico, vuelven y constituyen un real, pero no dejan de ser formas en que lo real aparece sobre sí mismo. ¿Qué tiene que ver esto con el episodio psicótico? ¿Con el trastorno afectivo?

La respuesta es: estas categorías, si bien pertenecen a un código, a lo simbólico, se fundan en lo imaginario. Se fundan en lo que Husserl (citado por Rodríguez, 2009) criticó del positivismo, su asociacionismo, y su incapacidad esencial para determinar las causas. En suma, crear un imaginario a partir de una verdad que no puede ser más que atribuida por la mirada ciega del investigador. Enceguecidos, pues, por su propia mirada, los positivistas asocian, y crean un código que es simbólico, y que, en tanto que se trata de una expresión del pensamiento formal (categoría también positiva), es un código para no pensar, o, como decía Lacan, la ciencia no piensa (2004).

Si bien los postulados científicos insisten en la revisión crítica de sus propios principios, a los cuales está dispuesta a renunciar en favor de la evidencia, la ciencia positiva no renuncia a la evidencia. Innegablemente, el mundo que ha creado la ciencia es otro, diferente al mundo de la religión o el mito, pero, finalmente, no se diferencia de sus parientes en lo esencial: buscan evidencias. Demuestran empíricamente la verdad, que, por estar situada como proceso y producto de lo imaginario, se puede demostrar. Así que la vieja crítica a los positivistas, que a su vez son religiosos y míticos, se basa en que cualquier cosa se puede demostrar. En con-

secuencia, demuestran con estudios clínicos que los episodios psicóticos existen, y que son tratables a partir del fármaco. Introducen los científicos en la clínica de la psicosis, o gracias a la psicosis, el fármaco, con toda una teoría científica que lo despoja de sus connotaciones culturales, mitológicas y religiosas. Donde antaño campeaban las iluminaciones y los contactos con divinidades y demonios, se imponen, sin total convicción después de todo, los síntomas que han de asociarse positivamente en los ejes del DSM, para catalogar un trastorno. El manual de diagnóstico y tratamiento de las enfermedades mentales (2002) conserva como una pieza de museo el logo de “enfermedad mental”. Es un catálogo en el que la enfermedad mental ya no existe, o existe sin ser, pues ahora no hay gente enferma sino trastornada. Tal vez como efecto de los estudios de los psicólogos norteamericanos que plantearon las consecuencias de la etiquetación, el argumento del DSM de cambiar su perspectiva “mentalista” por una más funcionalista, sin embargo, experimenta un esguince.

Fundamentalmente, lo que se evita a toda costa es lo real, que, sin embargo, está en el borde de la teoría o más bien la práctica funcionalista. Slavoj Žižek (2006, 2008) ha señalado insistentemente este problema. Cuando se esgrime una visión del mundo, ese mundo crea un real, pero es a la vez un pliegue de lo real sobre sí mismo, que hegelianamente contiene su propia negación. El gran problema del lenguaje, de acuerdo con Žižek, es que a la vez que afirma, niega, y lo negado termina retornando en lo real o en lo simbólico. Es el viejo mecanismo de la represión, tratado fundamentalmente por Freud como una renegación. Lo rechazado de la conciencia reaparece nuevamente, porque al final forma parte de lo que rechaza. Es la naturaleza superyoica del lenguaje, cuyo contenido simbólico afirma y niega a la vez lo afirmado, para terminar en lo imaginario, en el *acting*.

Así que el DSM, que habla del trastorno, negando lo mental, termina afirmándolo en su carátula, en su presentación. En una parodia “Žižekiana” es la enfermedad mental *lite*¹, sin alto contenido de enfermedad, lo que la hace *curable* por los fármacos.

Obviamente, la industria farmacológica tiene un gran éxito en el mercado. En la otra orilla, la orilla marginal, de la cultura popular, y la “franja psicótica”, el residuo social, el uso de fármacos es igualmente extendido, y a pesar de las guerras antinarcóticos, herederas de la “guerra del opio”, es un mercado negro que se mantiene. ¿Por qué?

Los códigos científicos ya han arrojado ríos de tinta a los mares del paradigma positivista, imaginario, que a pesar de dar vueltas sobre lo histórico, social y afectivo, del conocido enfoque bio-psico-social, termina negando estas tesis para finalizar con una práctica administrativa de la salud, en que el colofón es... la formulación de fármacos.

En el lado de la cultura popular, “la maldad es buena”, es decir, no se puede salir de un mundo opresivo y estéril de la cotidianidad, más que a través del fármaco, la droga. Ulises Cruz Granados (n.d.) ha realizado un juicioso estudio de cómo los adictos a las drogas fundan su sociedad en categorías derivadas de la relación imaginaria con el fármaco. “Enloquecerse” es una operación consistente en consumir una droga, droga que otorga experiencias distintas de espacio-tiempo, que se corresponden con los significantes en lo real de los consumidores. ¿*Vade retro Satanás?* Por supuesto que no.

La operación del mercado es la operación mefistotélica, por cuanto la vida estéril del cum-

1 Lite (inglés): Diet food or beverages. (Wikipedia, The Free Encyclopedia). Dieta o bebida baja en calorías. (Nota del autor).

plimiento de las normas, ligada a la represión, deviene ya en un “para sí”, un “darse cuenta” que, finalmente, desemboca en que lo que vale la pena no es ser social, normativo, sino un consumidor de placeres. Aunado el “para sí” del consumo con el “para sí” de la ciencia, la subjetividad actual, como se planteara en Réquiem por un sueño, desemboca en el acceso al deseo del Otro, cuyo mandato es gozar. Gozar de lo que se puede consumir, y vivir como un rico, así no se detente esta condición. Para suplir esta falta, el banquero tiene a disposición del empleado pobre de los ricos, créditos fáciles tipo Casa Arana.

Pues bien, volviendo al problema del “episodio psicótico”, ya hay un recorrido para afirmar lo que está negado tras esos significantes. Como episodio, se ha requerido de la ciencia misma para así calificarlo, y como psicosis, se está hablando de algo que está negado en el DSM y su filosofía de que la enfermedad mental, después de todo, no existe. La psicosis se nombra como trastorno... o sea, como un volver, como un retorno, como lo que vuelve. Lo negado de mil modos por la ciencia, desde que Freud abrió la boca para ser hablado por lo inconsciente, aparece de nuevo en lo que se pretende negar. Retornan los afectos, o los aprendizajes “negativos”. La parafernalia es historia personal, familiar y social, como buenos psicólogos de DSM, de manual. La luz al final del túnel la proporciona, al amparo de la ciencia, el neuro... Aquí lo importante es el prefijo. Ya hay suficiente prestigio con ser neurólogo, neuropsicólogo, psicofisiólogo, y bueno quizá hay otras profesiones más que, a pesar de la psicología, solucionan el problema en una dimensión que siempre han pretendido real, sin darse cuenta que es imaginaria.

La nueva religión científica proporciona contenidos delirantes en que sus evidencias se mezclan con el Dios y el Demonio y los dioses anti-

guos que vuelven a tener lugar con la New Age. El significante fármaco, que se introduce de diversas maneras, revela mil caras cuando usa al consumidor para aparecer en el mundo que él mismo ha creado. Librado a lo imaginario-imaginario, donde el objeto se puede descoyuntar para volver a “yuntarse”, a juntarse, violentamente, placentemente, gozosamente, donde la realidad adquiere otros matices, donde el ojo cambia de perspectiva, forzado por el fármaco, forzado por un real que se produce a sí mismo, el consumidor se vuelve vehículo del delirio.

En ocasiones, el recorrido por la revelación del fármaco adquiere genialidad: Michaux, Artaud, Baudelaire, Poe, Graves. Como solía decir Freud, los literatos tienen la costumbre de saber más que lo que sabe el científico. Algo olvidado por este último: en el rito, el fármaco no solo actualiza el mito, sino que revela al chamán un saber, lo ilumina, en un satori. Las viejas culturas se sostuvieron sobre la revelación de la verdad, algo que, por déficit del espíritu, aparece ligado a los espíritus. Sin conceder razón a la mitología o a la religión, sus actuales paradigmas han renunciado al fármaco, como en el caso del cristianismo. En la religión azteca, un dios análogo al cristiano, Tláloc, es devorado ritualmente por el creyente. En el marco del tabú de devorar niños, históricamente, demuestra Robert Graves (2007) que originariamente el niño es un hongo alucinógeno, que revela la voluntad del dios.

Es dudoso que el cristiano joven actual sostenga la creencia que come el cuerpo de Cristo y bebe su sangre. Pero es la moda posmoderna, religión sin dios, ateísmo deísta, etc.; en cualquier caso, hay que ser moderados para ser demócratas, dirá entre líneas Žižek. Pues bien, el episodio psicótico, siguiendo con el discurso, se nutre de estos significantes. Hegel, citado por Žižek, vuelve a señalar lo violento del análisis o fractura de los objetos, y su síntesis, en la imagi-

nación. Como vía del significante, lo imaginario no está exento de lo real. La pasión bulle en lo imaginario, pero es indispensable al entendimiento. Constituye lo inmediato, la percepción, aquello que aparece a los sentidos engañando (el demonio de la perversidad, de Poe) a Descartes (1992), a pesar de cuya advertencia la ciencia se monta sobre el postulado aristotélico que reza que no hay conocimiento que no pase por los sentidos, cuya interpretación es ambigua, pues para la ciencia, que rechaza lo aparente, lo evidente, se funda sobre lo rechazado: lo evidente.

La investigación científica positivista se entiende como la postulación de axiomas derivados del acopio de evidencias... se basa en la experiencia... experimentación. Lo que se ausenta es lo que ha engendrado lo imaginario y lo simbólico: el sujeto. Reaparece, por ser real, a pesar de todos los esfuerzos por suprimirlo. Sus señales se revelan en las fracturas discursivas, en los parches imaginarios que encubren lo real.

Por ello existe una diferencia radical en la concepción del episodio psicótico, el trastorno afectivo, y la psicosis.

El modo como estos significantes establecen las coordenadas de la realidad es diferente, y producen mundos distintos, en tanto que concepciones distintas. La democracia pide que estas concepciones se respeten, sin discusión alguna. Žižek ha recuperado la discusión, pues una psicología sin sujeto es el equivalente a una psicología sin objeto, camino que ha recorrido ya Jairo Báez (participante del Grupo de los jueves, reunión de estudio integrado por varios docentes de diferentes universidades, llamado también irónicamente ¿Cuál Grupo?) en sus innumerables comunicaciones personales.

Tener en cuenta lo dicho en este escrito, frente a las diferentes formas que adquiere el malestar en la cultura, en sus diversos campos, es de vital

importancia para alternar con la democracia y el capitalismo, modelos hegemónicos que, por serlo, son contradictorios con sus propios postulados. En educación, por ejemplo, se privilegia la repetición, y se introduce a un ser muerto en el aula. Este solamente puede vivir en un acto de voluntad de poder, en un devenir del cual está sujeto. Quizá el aula funcionó bien en los tiempos de los primeros filósofos, pero ahora es una ideología como la internet.

La locura, la psicosis, es una estructura, un lenguaje que deviene, en el que se revelan, quizá más crudamente que en la neurosis (la vida social, cotidiana), las vicisitudes de lo real que deviene imaginario y simbólico y se anuda de diversos modos.

Tratar la psicosis como un episodio, como un trastorno, constituye un esfuerzo refinado de la negación, de la dominación a través de la ideología, de algo sumamente molesto al confort que ofrece el capitalismo; quizá un goce que excede el mandato de goce del Otro, que es el consumo. Jairo Báez (idem) advierte que, después de todo, la apuesta lacaniana en el análisis, atravesando el fantasma, es que no hay Otro, o el Otro es uno mismo. Así que hace aparecer un significante en lo real, radical por todo lo que implica: la responsabilidad del sujeto (y la muerte de Dios nietzscheana). Esto desemboca en adueñarse, hasta donde el límite que logra instaurar el sí mismo frente a lo ilimitado, del deseo... responsablemente. Deshacerse de Dios es tomar la responsabilidad del acto, a pesar de la voluntad del Otro.

Frente al consumo, el imperativo del capitalismo, que ofrece dosis insospechadas de Nueva Era, el psicoanálisis opone la responsabilidad del sujeto. Algo real (imposible), que opone otro imperativo, la responsabilidad (imposible). Esto es, atreverse a ser elegido por la implicación de las propias palabras. Con el psicótico,

apostando a lo imposible, se trata de escuchar sus palabras, si bien no hay lugar para el analista en la psicosis. De cualquier modo, en el mundo de la ciencia tampoco hay lugar para el analista.

A modo de conclusión

La concepción del malestar cultural, nombrado por el positivismo lógico imperante en las categorizaciones del DSM-IV-TR, y en las versiones del CIE, utilizadas regularmente en los contextos relativos a la salud mental por los profesionales de las ciencias de la salud, como trastorno, implica un tratamiento del síntoma, cuya eliminación es la meta del funcionalismo. El costo de esta operación ideológica es la salud misma del sujeto, en tanto que se suprime de la ecuación.

El profesional de la salud, agente ideológico, utiliza como argumento su recurso a una ciencia que no piensa, que está definida y que ordena en recetarios los síntomas catalogados por los grupos de estudio que integran la comunidad “que piensa”. El psicoanálisis aparece como una postura crítica frente al síntoma, mostrando su esencia estructurante de la realidad subjetiva.

El síntoma hace al sujeto, y a la vez que crea el malestar, se sostiene en el goce. El trabajo analítico en la psicosis, particularmente, señala al síntoma como nudo de la realidad, y a su supresión como nociva para el sujeto. La propuesta del psicoanálisis, frente al aparato ideológico, es el reconocimiento de las contradicciones causantes del malestar cultural, contradicciones del sujeto que al ser eliminadas por la farmacología simplemente se deslizan hacia la sujeción a la ideología.

El peligro: seres *lite*, vacíos, sin compromiso social, profundamente narcisistas, muchas veces cínicos, sin dejar lugar para el otro, para el prójimo. Como efectos de la crítica del psicoanálisis, el devenir de la cultura posmoderna que se defiende de lo contradictorio con discursos aterradores, en defensa de las instituciones y en detrimento de los sujetos. La defensa más elaborada del Establecimiento radica en el imperativo de gozar de las ofertas del capitalismo. La resistencia del psicoanálisis versa sobre la no eliminación del malestar en la cultura, pues lo que está en juego es el sujeto mismo.

- Graves, R. (2007). El Paraíso Universal, *Desde el Jardín de Freud*, 7, 259-266.
- Grupo de los jueves. ¿Cuál grupo?. [En línea]. En <http://groups.google.es/group/grupo-de-los-jueves?hl=es>.
- Jasiner, G. (2007). *Coordinando grupos: una lógica para los pequeños grupos*. Buenos Aires: Lugar Editorial.
- Lacan, J. (2004). *El seminario de Jacques Lacan*. Las psicosis. Libro 3. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (2008). *El seminario de Jacques Lacan*. El sinthome. Libro 23. Buenos Aires: Paidós.
- López-Ibor Aliño, J. y Valdés Miyar, M. (2002). *DSM-IV-TR manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales*. Barcelona: Masson.
- Michaux, H. (2007). La mescalina y la música. *Desde el jardín de Freud*. 7, 279-286.
- Nietzsche, F. (1935). *El Anticristo*. Santiago de Chile: Osiris.
- Pitter, W., y Rincón, E. (2002). El Círculo de Viena y el positivismo lógico. [En línea]. En http://lineai.netfirms.com/ArticulosAnteriores/CirculoDeViena_Pitter-Rincon.htm
- Poe, E. A. (1968). El demonio de la perversidad. *Narraciones extraordinarias*. Barcelona: Círculo de Lectores, 219-225.
- Rodríguez, R. (2006). Locura, conocimiento científico y realidad: ¿información o comunicación? *Tesis Psicológica*, 1, 81-90.
- Rodríguez, R. (2007). Tramas de lo Inconsciente: El Delirio de la Locura y la Realidad. *Tesis Psicológica*, 2, 91-100.

- Rodríguez, R. (2009). Retorno. Notas sobre Edmund Husserl, *La Franja*. Documento de circulación interna. Bogotá: Universidad Antonio Nariño.
- Sechehaye, M. (1958). *La realización simbólica y diario de una esquizofrénica*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Soler, C. (2007). *Estudios sobre las psicosis*. Buenos Aires: Manantial.
- This, B. (1978). *El padre: acto de nacimiento*. Buenos Aires: Ediciones Paidós.
- Žižek, S. (2001). *El espinoso sujeto. El centro ausente de la ontología política*. Buenos Aires: Paidós.
- Žižek, S. (2005). *Bienvenidos al desierto de lo real*. Madrid: Akal.
- Žižek, S. (2006). *Arriesgar lo imposible. Conversaciones con Glyn Daly*. Madrid: Trotta.
- Žižek, S. (2008). *Cómo Leer a Lacan*. Buenos Aires: Paidós.